

MENTE

ROGER M. PERUGA
PAU SITJAR

MENTE



MEMORIAS DE HARLECK II



MARLOW

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Salvad Ardid Asociados

 MARLOW es un sello editorial propiedad de  edhasa

Primera edición: abril de 2016

© Roger Martínez Peruga y Pau Sitjar Poca, 2016

© de la presente edición: Edhasa, 2016

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelonas

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-92472-54-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 5938-2016

Impreso en España

Índice

Capítulo I. Vuelta a casa	13
Capítulo II. Arrestado	22
Capítulo III. Bajo los árboles	32
Capítulo IV. Amazonas	49
Capítulo V. Umliad.	58
Capítulo VI. Juicio	68
Capítulo VII. Cambio de planes.	79
Capítulo VIII. Encuentros	96
Capítulo IX. Riendas del destino	112
Capítulo X. Una más	123
Capítulo XI. Esclavos	146
Capítulo XII. Dando paso a un nuevo día	157
Capítulo XIII. Planes.	170
Capítulo XIV. Weissshaffen.	188
Capítulo XV. Volver a empezar	203
Capítulo XVI. Encuentros extraños.	220
Capítulo XVII. Kondrack	228
Capítulo XVIII. Confesiones	235
Capítulo XIX. Marcados.	246
Capítulo XX. Taladria	266
Capítulo XXI. Orden y ley	285
Capítulo XXII. Historias de un <i>brador</i>	303
Capítulo XXIII. La muerte de un héroe	320
Capítulo XXIV. Cambiando la historia	333
Capítulo XXV. Joarka	344
Capítulo XXVI. Rompiendo el hielo	367
Capítulo XXVII. Lealtad.	381
Capítulo XXVIII. Patria	396
Capítulo XXIX. Héroe o rey	409

Capítulo XXX. Condenados.	421
Capítulo XXXI. El secreto de la hoguera.	435
Capítulo XXXII. Marcas del futuro.	448
Capítulo XXXIII. Leyenda	461
Capítulo XXXIV. Una segunda oportunidad.	476
Capítulo XXXV. Siegartt.	484
Capítulo XXXVI. Dos tipos de personas.	493
Capítulo XXXVII. Tres meses.	502
Capítulo XXXVIII. Encuentro rojo	513
Capítulo XXXIX. Infierno	524
Capítulo XL. Libertad	537
Capítulo XLI. Réquiem	550
Capítulo XLII. Poder	563
Capítulo XLIII. Lágrimas y sangre	580
Capítulo XLIV. Histalia	597
Capítulo XLV. Perro	614
Capítulo XLVI. Una deuda de por vida.	628
Capítulo XLVII. Maquinación.	639
Capítulo XLVIII. Preludio.	649
Capítulo XLIX. Títere	662
Capítulo L. Insensatez, desconcierto y traición	674
Capítulo LI. Aliados inesperados	698
Capítulo LII. Renacer	707
Capítulo LIII. Diezmados	718
Capítulo LIV. Defensa en Aliso-Liadar.	734
Capítulo LV. Paz	751
Capítulo LVI. Desfiladero a Celidonia-Liad	780
Capítulo LVII. Ascensión a Esvertia-Liadar	793
Capítulo LVIII. Tratos ensangrentados	811
Capítulo LIX. El último defensor.	827
Capítulo LX. Los dos lados de la ventana	837
Capítulo LXI. Sacrificio	852
Capítulo LXII. Despedida	862
Capítulo LXIII. Cadas	870
Epílogo	879
Agradecimientos	883

Profecía

*Antes que la búsqueda quede completa
Un hijo de la guerra emergerá
De la tierra del bien obsoleta
Del fruto del hielo tras mar*

*Aun el niño sin vida oculto
Hasta el día permanecerá
en el que su alma acepte
el poder más alto jamás*

*La muerte del lazo más unido
La fuerza dará al portador
Cuando el futuro sea visto presente
Por quien el lazo más fuerte rompió*

*Un héroe oculto al mundo
Destinado a truncar el mal
Creado ante la ira de un dios maldito
Que ya nunca más renacerá*

Isla de Ferth



Isla de Gofar



Isla de Oris



Isla de Ferien



Patria

Isla de Delton



Isla de Taminheim



Maregard

Isla de Tarpost



Isla de Ardalión



Isla de Harttar

Isla de Parnon



Isla de Casken



Fortaleza Negra



Parthaón

Groathar

Isla de Apolda



Capítulo I

Vuelta a casa

Invierno de 1867

Casi diez años habían pasado desde que Valra cruzara por última vez aquellas puertas de roble macizo.

El paso del tiempo no había deteriorado los entrepaños de madera, en los que aún eran visibles escenas de relatos antiguos grabados en bajorrelieve. Detuvo su mirada nostálgica en una de ellas, de factura obviamente más reciente, donde una imagen de la nueva era de Marfor sustituía la representación del reinado de Ardalion IV. Esa etapa del pasado no había sobrevivido al presente. Ya nada era igual.

Las cabezas de los dos guardias se inclinaron cuando ella pasó a su lado por la galería de columnas que precedía a la puerta principal. Ambos mantenían una expresión severa, tratando de sobrellevar las bajas temperaturas.

El frío del invierno se había enseñoreado de la capital. Las aguas someras del lago Lorzal se habían congelado, y una fina capa de nieve cubría las peñas y los campos.

Valra caminaba a largas zancadas, cubierta con un grueso abrigo de pieles que la protegía de las bajas temperaturas. Tras ella, Mum, su fiel siervo enano, la seguía a toda prisa, intentando no rezagarse.

La hechicera mantenía una postura erguida y orgullosa, que dejaba claras su fuerza y determinación a los pocos guardias con los que se encontraba, y que la observaban con respeto. No dejaría que nadie dudara de su posición en aquel lugar.

–Podéis pasar, mi señora –musitó uno de los soldados del patio de armas, al tiempo que bajaba la cabeza.

Valra no contestó y esperó impaciente a que el hombre abriera las puertas que franqueaban el paso a la torre del homenaje. Poco a poco, las pesadas hojas giraron sobre sus goznes y la bruja pudo ver la sala principal de la torre.

Su decoración era austera, y sólo unos pocos estandartes verdes del reino y algunos muebles escasos rompían la monotonía de los muros. Por lo demás, la sala estaba prácticamente vacía, a no ser por la presencia de un grupo de guardias apostados junto a las columnas laterales. Allí también hacía frío, y pudieron percibir fuertes corrientes de aire procedentes de todas direcciones.

«Marfor ya ha movido sus piezas», meditó Valra mientras avanzaba por la estancia desolada. Sus pasos resonaban y rompían brevemente el silencio dominante.

La hechicera daba fin a un viaje de dos semanas en las que su sueño y descanso se habían visto truncados por las incontables preguntas que habían aflorado en su mente. Valra recibió el requerimiento de Marfor justo después de haberle comunicado que Erlin y sus compañeros habían logrado escapar.

Aquella había sido la segunda vez que Marfor se había dirigido a ella en mucho tiempo, pero aún recordaba con detalle, nerviosa, la primera ocasión, justo cuando acababa de capturar al muchacho y la esfera. Hacía cinco años de eso.

Ahora, la orden de Marfor de que se presentara ante él no podía haber llegado en peores circunstancias. Con el muchacho fugado y la esfera robada, esperaba que la reacción de Marfor hubiera sido mucho más violenta y airada que la que mostró en el orbe.

No le dio tiempo ni a excusarse ante él: el rey emitió su deseo de verla de inmediato y, acto seguido, su rostro se desvaneció.

Que Marfor no mostrase su ira por la huida de Erlin no hacía más que avivar sus dudas. ¿Podía Marfor conocer ya sus planes? ¿Se dirigía a una trampa? Rezaba para que no fuera así...

Mientras caminaba, recordó vagamente a Strom, aquel capitán que había aparecido en Cadas.

«Seguro que está muerto», decidió.

Aquello no debía importarle ahora, tenía que mantener la mente clara y en calma cuando se presentara ante Marfor. Sólo los dioses podían saber lo que pretendía.

Dobló una esquina y se acercó a la sala de audiencias. Unas escaleras de mármol perfectamente conservado daban acceso a la estancia. Las subió y se detuvo frente a un arco, a cuyos lados había dos enormes estatuas de piedra. Tras el arco, se iniciaba un túnel abovedado flanqueado por otras cuatro estatuas más pequeñas.

Valra dejó a Mum esperando en el arco, junto a las dos grandes estatuas, y recorrió el túnel en silencio, hasta llegar a la última puerta, que guardaban dos soldados. Los miró con ojos fríos y autoritarios, impaciente, pero los soldados no se movieron:

–El rey está ocupado en este momento, consejera... –se excusó el guardia–. Tendréis que aguardar unos instantes.

Valra sonrió amenazadoramente. Podría haber esperado sin más, o podría haber contestado a aquel hombrecillo para hacerle saber la magnitud de su poder, pero no tenía tiempo que perder.

Avanzó ignorándolos y empujó la puerta, que se abrió de golpe. Los soldados, sorprendidos, permanecieron inmóviles. La mujer entró en la sala.

–... la situación se ha vuelto insostenible. Los *karcks* se muestran cada vez más osados. Es preciso actuar con diligencia, majestad... –Las palabras educadas, pero firmes, las pronunciaba una figura que, por hallarse oculta entre las sombras, Valra no llegó a reconocer.

Su entrada hizo que la voz se interrumpiera. Sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la poca luz para distinguir los elementos de la estancia: una larga mesa de madera ocupaba la mayor parte de la sala; frente a uno de sus extremos, en lo alto de un podio rodeado de una gradería, el gran trono de hierro, orgullo del imperio humano desde su unificación, soportaba el musculoso cuerpo de Marfor, ataviado con su armadura negra como una noche sin luna; una espada dorada de más de un metro de largo reposaba en su regazo. El rey había girado la cabeza y posaba la mirada sobre ella.

La consejera recordó con nostalgia la última vez que aquella espada había estado entre sus manos. Apartó rápidamente la vista del arma y esperó sin ocultar su altivez a que Marfor hablara.

Lo mismo debió de pensar la figura oculta a pocos metros de ella, puesto que transcurrieron unos instantes antes de que Marfor retomara la conversación:

–Lo dejo en tus manos, Franz, este contratiempo ha de ser aplastado sin demora. Haz lo que creas conveniente, tienes mi autorización.

Ahora desaparece y no me decepciones –advirtió Marfor mientras alzaba la mano para indicar al aludido que se fuera.

–Como deseáis, mi señor. Cumpliré vuestras órdenes con la mayor celeridad que esté en mi mano –respondió el otro, que realizó una reverencia exagerada frente al trono. Luego atravesó la sala y se plantó frente a Valra durante unos segundos.

Ella reconoció por fin la faz sonriente de Franz Smuggler. Bajo aquella mirada jocosa se escondía el mayor conspirador con el que Valra había tenido la desgracia de cruzarse. Su trayectoria en los aledaños del poder se conocía y comentaba ampliamente a lo largo y ancho del imperio humano. Había sido uno de los consejeros principales del rey Ardalion IV y ahora, veinte años más tarde, se postraba ante un rey con las mismas palabras adulatoras e impregnadas de falsedad.

Smuggler debía de tener más de setenta años de edad, y tan sólo su caro atuendo confeccionado con telas de vivos colores ocultaba la decrepitud de su cuerpo. Pese a su edad propecta, había sido ascendido a maestro de maestros. Presidía el Consejo de los Cinco y la Gran Cámara, por lo que se ocupaba de las tareas que Marfor no ejecutaba en persona.

–¡Valra, cuánto tiempo sin veros! Creía que vos nunca salíais de vuestro pequeño refugio. ¡Y miraos ahora, sola en la gran ciudad! –comentó el consejero entre susurros.

–Algunos de nosotros no necesitamos una silla acolchada para realizar las tareas que se nos encomiendan –contestó Valra en tono intimidatorio.

No tenía ganas de perder el tiempo con aquel embaucador mientras Marfor esperaba.

–Que la reunión os sea propicia –se despidió Franz con otra sonrisa. Salió de la sala a pasos cortos, apoyándose en su bastón.

«Patán pomposo», pensó Valra. La última ocasión en que había intercambiado algunas palabras con Smuggler había deseado fulminarlo y esparcir sus cenizas al viento. Con este breve encuentro, su deseo se había fortalecido.

Sin embargo, enseguida abandonó ese pensamiento tan agradable para prestar toda su atención a Marfor, quien aguardaba inmutable a que Valra se acercara a la zona más iluminada de la estancia, alumbrada por un tímido rayo de sol que penetraba por el único ventanal abierto.

–Acércate –ordenó.

Valra sostuvo la mirada a Marfor y avanzó hasta que la luz iluminó sus cabellos blancos.

–Tal como habéis solicitado, mi señor, me presento ante vos –declaró Valra en un tono inexpresivo mientras se inclinaba ante él. Conocía muy bien aquella pantomima.

Marfor se mantuvo en silencio y dejó que Valra permaneciese inclinada ante él. Hasta que Marfor no lo ordenase ella no podía incorporarse de nuevo. Sin duda sabía cómo hacerla enfurecer.

Por fin Marfor alzó un brazo y ella se incorporó.

– ¿Sabes por qué te he convocado, Valra?

Ella procuró mostrarse calmada e intentó que su cuerpo adoptara una postura relajada, pero en su interior la agitación la dominaba. Había imaginado que Marfor tomaría las riendas de la conversación y así revelaría hasta qué punto conocía sus secretos.

Pero ahora las tornas se habían vuelto peligrosamente en su contra. No sabía qué debía contestar, qué información revelar. Si confesaba a Marfor algo que la delatara, acabaría convertida en cenizas, pero su fin sería el mismo si callaba y resultaba que él conocía todo lo que había sucedido.

Se sintió como un ratón entre las garras de un gato. Dijese lo que dijese, cometería un error fatal; no había salvación.

«O tal vez sí...», pensó Valra, que luchó para que una sonrisa no se dibujara en la comisura de sus labios. Lo que había ideado tal vez no sirviera, pero por lo menos ganaría algo de tiempo.

–Por supuesto, mi señor, soy consciente de ello –contestó con seguridad.

Si Marfor no esperaba esta respuesta, no lo manifestó lo más mínimo. No se inmutó, y siguió observando a Valra con la misma expresión de superioridad.

–Una insubordinación en Cadas es inaceptable. No pienso permitir el más mínimo reducto de resistencia dentro de las fronteras del imperio –susurró mientras apoyaba su cabeza sobre el puño cerrado.

Valra no podía creer lo que estaba escuchando. Era inimaginable que, entre todos los errores y actos de traición que había cometido durante los últimos días, fuese solamente la revuelta lo que preocupase a Marfor. Muchas cosas no habían ido como deberían haberlo hecho: Er-

lin había huido llevándose la esfera, y Marfor lo sabía. Pese a ello, no la interrogaba sobre ese asunto.

«Algo no va bien», dedujo al instante.

Marfor nunca la habría convocado a su presencia por una banalidad como ésa. La supuesta «insubordinación» no había sido más que un disturbio que Strom y sus hombres sofocaron con rapidez. No era posible que algo así fuera el motivo real por el que el rey la había hecho hacer un viaje tan largo.

«Tiene que haber algo más», reflexionó. La batalla aún no había terminado, tenía que estar atenta al transcurso de la conversación. El más mínimo desliz podía costarle la vida.

—Por supuesto, majestad. Aunque esa pequeña revuelta fue aniquilada antes incluso de que supusiera una amenaza real; ha sido un contratiempo que no se volverá a repetir jamás —expuso.

—¿Qué pasó?

—¿Qué... pasó, mi señor...? —repitió, confusa, aunque enseguida se rehízo.

—Deseo conocer la causa del disturbio —continuó Marfor en tono venenoso.

De nuevo la hechicera calló unos segundos mientras meditaba su respuesta. ¿Era esta la trampa que Marfor le había tendido? ¿Realmente pretendía que le revelara que había sido el muchacho el motivo de la revuelta?

—Al parecer, un grupo de marineros comenzó a soliviantar a algunos de los habitantes de la ciudad. Después se organizaron en milicias y atacaron la guarnición de la ciudad —relató ella, algo más relajada.

Marfor contrajo sus labios en una expresión de molestia.

—Te he preguntado por la razón de la rebelión, Valra —insistió.

Por primera vez Valra mostró su confusión. Acababa de darle su respuesta, no pretendía decir nada más. Fue entonces, no obstante, cuando lo vio todo con claridad. Marfor había conseguido llevarla a su terreno: eran muy pocos los motivos lo bastante graves como para suscitar una revuelta en un territorio que ella tenía bajo su control. Nadie se habría atrevido a rebelarse si no era por algo importante, y Marfor había llegado a esa conclusión.

—No conozco la razón que impulsó a aquellos hombres a alzarse en armas, majestad —mintió Valra, y bajó la cabeza en demanda de perdón.

–¿Es eso cierto?– cuestionó Marfor, en un tono aún más inquisitivo.

La consejera pudo percibir el desprecio en aquellas palabras amenazantes. Se sintió como si la acabaran de abofetear. No podía permitir que Marfor dudara de su lealtad, no ahora que se hallaba frente a él, no después de tanto tiempo.

–¿Acaso dudáis de mis palabras?– repuso Valra, desafiante.

Muchos hombres poderosos habrían muerto allí mismo si hubiesen osado pronunciar aquellas palabras ante Marfor. Pero Valra era mucho más que ellos: no sólo ostentaba el cargo de consejera del reino, sino que el propio Marfor apreciaba sus consejos y reconocía su fuerza. Tal vez no fuera tan poderosa como él, pero aun así no le sería fácil acabar con ella. Valra consideró que esa igualdad aparente le permitiría ser más atrevida que el resto de los súbditos del imperio.

Marfor levantó la cabeza y en su cara apareció una mueca de desagrado. Parecía debatirse entre fulminarla de inmediato o seguir conversando con ella. Por suerte para Valra, decidió continuar hablando:

–Me has servido largo tiempo, Valra. Tu desempeño siempre me ha sido valioso, más que el del resto de mis vasallos. –Marfor hizo una pausa y se levantó del trono–. Durante todos estos años de servicio leal has cumplido con tus obligaciones a la perfección... –Extendió un brazo y agarró la empuñadura de la espada, se levantó y descendió lentamente por la gradería en dirección a Valra– ... y por eso eres lo que eres –continuó el rey sin dejar de avanzar.

Valra se puso tensa. Aquello no le gustaba. Si Marfor hacía el más mínimo amago de atacarla, ella le respondería con toda su magia. Extendió las palmas de sus manos y repasó mentalmente los mejores conjuros que poseía, lista para pronunciarlos.

Marfor siguió bajando la escalinata hasta que se halló a la altura de Valra. La sobrepasaba una cabeza, pero aun así Valra no retrocedió ni un centímetro.

–Sin embargo, nunca olvides que por encima de todas tus acciones y poder estoy yo, tu soberano y rey, tu amo y señor. La traición es algo que se paga muy caro, Valra –Marfor se detuvo a menos de un metro de ella–. Ni la peor de las torturas puede equiparse al tormento destinado a los traidores. Por tu bien, espero que sepas a qué bando perteneces –concluyó. La punta de la pesada hoja chocó contra el suelo.

El ruido metálico se extendió como un eco por la sala, y a Valra la embargó una sensación de temor. Le sudaban las manos, nunca se había hallado tan cerca de Marfor y el aura de poder que irradiaba la hacía sentir como una niña indefensa. Sin pensarlo, dio un paso atrás y cerró las manos. Su mente, enturbiada y torpe, no pudo hallar una respuesta adecuada a la amenaza del rey.

En lugar de eso, guardó silencio y dio otro paso atrás, en un intento inconfesado de apartarse del origen de su miedo.

–¿Me he expresado con claridad, Valra?

–Eh... sí, majestad –contestó titubeante.

Marfor sonrió, seguro de haber logrado lo que quería. Dio media vuelta y con paso lento retornó al trono.

–Cierto es que la revuelta no es la única razón por la que te he hecho venir. El ejército que acabará con la Resistencia se está agrupando en el puerto de Vildor. Quiero que tú dirijas las tropas.

El temor se transformó de inmediato en sorpresa y asombro. Hacía unos pocos segundos estaba temiendo por su vida y ahora Marfor le entregaba el mando de un ejército. En ese momento era incapaz de desentrañar los motivos de esta decisión, pero ahora no le quedaba más remedio que aceptar.

–Vuestro encargo me honra, majestad –respondió tratando de recuperar la compostura.

–Irás a Vildor sin demora y supervisarás los preparativos hasta que el ejército esté listo para partir, ¿lo has entendido?

–Perfectamente, majestad.

Marfor se sentó de nuevo en el trono y volvió a depositar la espada en su regazo. Valra entendió que la audiencia había terminado, por lo que realizó una nueva reverencia y se giró para abandonar la sala.

Se encontraba atravesando la puerta cuando una voz amenazante susurró unas palabras dentro de su mente:

–No olvides lo que te he dicho, Valra...

Entonces la puerta que comunicaba el túnel abovedado con la sala de audiencias se cerró y Valra pudo respirar con normalidad.

Pasó entre los dos soldados, intentando aparentar tranquilidad, pero todo su cuerpo temblaba, como si se acabara de zambullir en el lago Lorzal. Ni su abrigo podía atemperar los escalofríos causados por

un helor interior. Notaba, por primera vez en su vida, algo así como una daga congelada hundiéndose en su pecho.

Detrás de ella escuchaba los pasos apresurados de su lacayo, que trataban de equipararse a su caminar cada vez más acelerado.

Las últimas palabras de Marfor aún resonaban en su cabeza como un eco interminable. No tenía duda alguna de que Marfor sospechaba de ella.

Descendió la escalera hacia el patíbulo.

Pero ¿hasta qué punto conocía Marfor sus planes? Era imposible que hubiera averiguado su propósito, pues no había dejado ningún cabo suelto. Además, no la habría permitido abandonar el castillo si supiera...

Los guardias abrieron las puertas que daban al patio de armas, construido con piedras blancas.

Con toda seguridad, Marfor la había nombrado jefa de su ejército para apartarla de la realización de su objetivo. Pretendía estorbar la ejecución de sus proyectos alejándola de las islas de Maregard, enviándola a la guerra al otro lado del mundo. Sin embargo, por una vez, Marfor se equivocaba, su subterfugio no la detendría.

Antes de atravesar la última puerta vislumbró su carroza tapizada de tela verde, ahora salpicada de cúmulos de nieve. Dos purasangres constituían el tiro de la carroza, atados a la lanza con correas doradas. Todo el conjunto imprimía un aire majestuoso al vehículo.

Mum corrió entre las nubecillas de vaho producidas por su respiración resoplante para alcanzar el carruaje antes que ella. Con esfuerzo manifiesto, abrió la portezuela mientras jadeaba como un animal.

Valra subió sin mediar palabra, se acomodó en el interior y Mum cerró la puerta de inmediato.

—¡A Vildor, rápido!

—Sí, mi señora —respondió el conductor, que hizo restallar el látigo. Con una sacudida, la carroza se puso en movimiento.

Capítulo II

Arrestado

El océano se extendía hasta donde le alcanzaba la vista, más gélido y oscuro que cuando partieron, pues el invierno se acercaba. La ventisca despejaba el cielo de nubes y hacía que la mañana fuera heladora. Los marineros se protegían de ella con abrigos de cuero, y los soldados se arrebujaban dentro de sus capas, apresurándose a hacer sus tareas para volver cuanto antes al cobijo que les ofrecía el almacén.

El oleaje mecía el barco rítmicamente. Kartir Kaessel, el mago, llevaba puesto su abrigo de pieles y escondía su rostro bajo la bufanda de lana gruesa mientras escudriñaba el horizonte.

Habían pasado algunas semanas desde el naufragio. La pérdida de un navío imperial era una catástrofe, pero todavía era más trágica la desaparición de casi toda su tripulación. Strom, él mismo y unos pocos marineros habían sido los únicos supervivientes, y el capitán Strom aún no había aceptado el desastre.

No podía asimilar que aquello que había perseguido durante tantas millas, aquello por lo que había dado la espalda al imperio y que finalmente había conseguido alcanzar, se hubiese esfumado en una tempestad, por un capricho de la naturaleza.

Estaba encerrado en su camarote y había evitado todo contacto con el resto de sus hombres. Sólo el cocinero entraba regularmente para asegurarse de que comía.

Kartir había asumido el mando y puesto rumbo hacia Jena. Tenía claro lo que hacer: cuando llegaran a puerto, haría arrestar a Strom y volvería a Delihan en calidad de capitán. La muerte de los fugitivos no era un contratiempo para él, al contrario, favorecía sus propósitos, pues eliminaba todo lo que su capitán había perseguido. En su fuero interno, él no había estado de acuerdo con encerrar en el navío al guerrero de la

Marca Sagrada; no dudó de que pudiera provocar otra revuelta, cosa que sucedió.

Lo único valioso de los presos era la esfera dorada, que ahora tenía en su poder. No sabía qué hacer con ella, pero no cabía duda de que era un objeto de poder sin parangón. Había pasado muchas tardes en su cabina estudiándola y devanándose los sesos para intentar relacionarla con algo reconocible, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

Tampoco quería por el momento probar su poder, pues recordaba lo que le había pasado al aprendiz cuando éste lo intentó. Sin embargo, confiaba en que, con las herramientas adecuadas, podría extraer toda su fuerza.

Una línea oscura se perfiló en el horizonte y lo sacó de sus meditaciones. A los pocos minutos la silueta de Delton, la isla humana de mayor tamaño, se alzó sobre las olas.

Delton era, por así decirlo, una isla en pendiente: surgía del océano por el este, entre lagos y pantanos, y, de manera paulatina, el terreno, cubierto de bosques frondosos, se elevaba hasta alcanzar las alturas mayestáticas de la cordillera Miadas, en el oeste. Los picos de las cumbres más altas se truncaban entonces abruptamente, y la isla caía hacia el mar en acantilados vertiginosos de roca brillante. Las cimas de Miadas estaban ya enharinadas por las primeras nevadas, mientras que los bosques de las planicies de la isla permanecerían exuberantes y verdes hasta que el invierno no se presentara con toda su crudeza.

Un punto de la costa donde se apreciaba cierto movimiento empezó a aumentar su tamaño hasta convertirse en Jena, la Ciudad entre Mares. La población se había edificado sobre una lengua de tierra que discurría entre el océano y el mayor lago de Delton, Arriaga. Más grande que Delihan y comparable en tamaño a Kansid, esta ciudad era el centro de todas las rutas de comercio meridionales y orientales del imperio. Los beneficios que esta circunstancia reportaba a la ciudad eran suficientes para enriquecer a toda la isla. Todo mercader importante tenía oficina, almacén y casa en Jena.

La ciudad había estado amurallada en tiempos pasados, y fuertes muros aún resguardaban las edificaciones más antiguas de la población. No obstante, los últimos años de paz y de bonanza económica habían atraído a casi toda la población de Delton a la capital, y nuevos barrios de construcción humilde se levantaban en lo que otrora eran campos

de cultivo. En la parte nueva de la ciudad habían construido canales que unían el lago Arriaga con el mar. De esta manera, desde Jena, los barcos podían remontar los ríos y llegar a todas las ciudades de las orillas de los lagos hasta Patria, que abría el comercio con la isla de Oris.

Se acercaron al puerto en compañía de muchos otros barcos que venían de todas direcciones. Como si de una hilera de carretas se tratara, muchos navíos esperaban para entrar por los intrincados canales, atravesados de vez en cuando por pequeños puentes móviles.

Mientras avanzaban con lentitud, Kartir pensaba cómo haría apresar a Strom, aunque dudaba que fuera difícil, pues este no tenía intención de salir del barco.

Cuando anclaron, una patrulla se acercó para la inspección. Diez soldados acompañaban a un oficial de ojos astutos, provisto de una armadura reluciente parcialmente cubierta por una capa verde.

Cuando la pasarela estuvo colocada, Kartir bajó por ella a tierra firme:

–Bien hallado. Soy el teniente Kaessel, segundo de a bordo.

–Buenos días, señor. Me llamo Alexander, sargento de la guarnición de Jena y encargado del puerto. ¿Qué os trae a la ciudad?

Su tono de superioridad no era acorde con su rango y puesto, pero Kaessel no quería problemas. Evitando que su desagrado se dejara traslucir en sus palabras, Kartir contestó:

–Hemos hecho un viaje muy largo y queremos descansar. Zarparemos dentro de dos días hacia nuestra base, en Delihan.

–¿Delihan? ¿Perteneceis al destacamento del capitán Strom?

–Así es –Si en Jana estaban informados de las infracciones del capitán sería todo más fácil. Podía denunciarlo allí mismo y se evitaría problemas más tarde. Sonrió.

–¿Dónde se encuentra vuestro capitán, teniente?

–En su camarote.

–Bien, entonces. Ya ha cumplido con su deber.

Pero la cara de satisfacción de Kartir cambió a estupefacción cuando el sargento desenvainó su espada y le acercó el extremo al cuello.

–¡Teniente Kaessel, quedáis detenido por sublevación y alta traición!

* * *

La escasa luz que entraba por los ojos de buey dejaba el camarote en penumbra. Encima de la mesa estaba aún el servicio de la última comida, que no había tocado.

Estaba sentado en el borde de la cama, acompañando el balanceo rítmico que las olas imprimían a la cámara. Tenía una mano apoyada en las rodillas y con la otra recorría distraídamente la cicatriz de su cara.

Su armadura, menos brillante que de costumbre, reposaba sobre el catre. Strom permanecía inmóvil, mirando a la nada, sumido en sus pensamientos. Éstos venían y volvían, a veces de uno en uno y a veces en un apelotonamiento informe que amenazaba su sosiego. Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo, tantas cosas habían salido mal... No entendía por qué. ¿Cómo lo habían permitido los dioses? Siempre les había profesado respeto. Había desobedecido algunas directrices del monarca, sí, pero para poder atrapar a sus enemigos. Había recorrido caminos tortuosos, pero para alcanzar un objetivo noble.

Por desgracia, la tormenta desbarató sus planes, y el navío se hundió junto a sus esperanzas. ¿Qué le quedaba? Llevaba meses fuera de su hogar y había incumplido sus obligaciones como protector de Delihan.

¿Y si era eso? ¿Y si los dioses lo habían castigado por desatender sus verdaderos deberes?

Aún estaba a tiempo de enmendar su error, tenía que volver a Delihan. No recuperaría el favor del rey persiguiendo criminales, sino manteniendo su jurisdicción a salvo.

Se incorporó. Había abandonado a sus subordinados demasiado tiempo, debía retomar el mando, como su rango le exigía. Había permitido que Kartir usurpara unas atribuciones que no le correspondían...

Se levantó y observó su armadura. Hacía semanas que no se la ponía, y no estaba en buenas condiciones, pero por el momento bastaba para demostrar su autoridad. Se recolocó el jubón de cuero y lo ajustó para evitar que se enganchara con las piezas metálicas. Se enganchó el volante al cinturón y se puso los brazales y los guanteletes.

Cogió el peto y lo examinó. Pensó que hacía mucho que nadie vestía armadura en el buque. Ya era hora de que alguien lo hiciera de nuevo.

Se lo estaba colocando cuando aporrearon la puerta.

—Capitán Strom, estáis arrestado por sublevación y traición. Abandonad vuestra cámara en paz y no saldréis herido.

«¿Detenido? ¿Qué clase de broma es esta?», se dijo mientras abría la puerta.

La luz le hizo entrecerrar los ojos y la brisa helada le erizó la nuca. Delante de él, cinco soldados habían desenvainado sus espadas. Alzó la vista por encima de sus cabezas y comprobó que el barco había amarrado en el puerto de una ciudad, aunque desconocía cuál.

Volvió a bajar la vista y vio que su tripulación presenciaba la escena sin hacer nada.

«Malditos bastardos.»

Sólo una cuarta parte de esos hombres había salido con él de Delihan, el resto procedía de Godfront, y nada podía esperarse de ellos.

Volvió a fijarse en los soldados: los mandaba un sargento a cuyo lado se encontraba Kartir, que lo miraba con expresión sombría. Strom entendió: el mago lo había entregado, había aprovechado su debilidad para poner rumbo a la primera ciudad con guarnición y denunciarlo para quedarse con el mando. Lo había intentado desde el principio y finalmente lo había conseguido.

—Tengo que esposarlo, capitán —dijo uno de los soldados, que había envainado la espada y avanzaba con unos grilletes.

Si lo arrestaban, lo mejor que podía esperar era la muerte. Ni pensar en volver a Delihan. Kartir sería ascendido.

«Ha sido el mago.»

Pues bien, moriría antes de entregar el mando al brujo. Y si tenía que morir, no moriría solo. Si la ley le prohibía cumplir su venganza, pasaría por encima de ella. Aunque fuera lo último que hiciese, libraría a Delihan de ese monstruo.

El soldado con los grilletes se le acercó y alargó el brazo. Strom se quedó inmóvil, pero cuando estaba a punto de ponérselos, gritó y le propinó un puñetazo en la cara.

El hombre, desprevenido, no pudo esquivarlo y, aturdido, cayó por la borda.

Aprovechando la confusión, Strom cargó contra los otros cuatro soldados, pero éstos reaccionaron con rapidez y barrieron el aire con sus espadas impidiendo que se acercara. Dio un salto hacia atrás y se puso a la defensiva, con los ojos fijos en Kartir. El primer soldado le lanzó un tajo y Strom lo desvió con el antebrazo derecho. Deslizó toda la hoja por la placa metálica y acabó agarrando la empuñadura del arma.

Con el brazo izquierdo golpeó el codo del soldado y, con un sonido sordo, la articulación se dobló de manera antinatural. El desafortunado profirió un alarido y soltó el arma. Strom la recogió y le cortó el cuello.

Únicamente armado con la espada y protegido por los brazales, se abalanzó contra los soldados y el sargento, que también había desenvainado. Estaban bien entrenados, pero no tenían su fuerza, a cada golpe les vibraba el arma y tenían que esforzarse cada vez más para resistir sus ataques. Consiguió derribar a dos, fintó y pasó a través de los otros dos directo hacia Kartir.

El mago palideció ante su furia imparable y levantó los brazos cuando Strom se dispuso a descargar la espada sobre él. Fue entonces cuando el capitán distinguió un brillo metálico en las muñecas de Kartir: estaba engrilletado. Strom dudó un instante que el sargento aprovechó para apartar con el hombro al mago y atacar a Strom con una espada bellamente cincelada:

–Si la muerte es lo que deseáis, la obtendréis.

Al sargento se le unieron los otros cuatro soldados supervivientes. Strom empezó a ceder terreno, abrumado por todas las estocadas que lo atacaban al unísono. Ya no le asistía el vigor que proporciona la sed de venganza.

«Si no ha sido el mago, ¿quién me ha traicionado? ¡Maldita sea, no es momento de pensar, sino de irse!»

Fintó un nuevo ataque y se tiró al mar. El agua estaba tan fría que lo estremeció. Reprimió un grito que habría llenado sus pulmones de agua y luchó contra el agarrotamiento de sus músculos. Con un frenesí desesperado se desembarazó a tirones de las piezas de su armadura. Con sus últimas fuerzas braceó bajo el agua y los gritos y el ajetreo del puerto dejaron de percibirse de inmediato.

* * *

Kartir vio cómo Strom se escabullía buceando. Los soldados saltaron al puerto y empezaron a perseguirlo por el muelle, pero había demasiada gente trajinando mercancías y demasiados bultos que les entorpecían el paso y enseguida lo perdieron de vista. Volvieron al cabo de unos pocos minutos con las manos vacías. El sargento Alexander se dirigió entonces a voz en cuello a los tripulantes del buque:

—Os quedaréis todos esperando hasta que venga un oficial. Necesitamos vuestro testimonio para juzgar a vuestros comandantes. —Dicho esto, se dio la vuelta hacia sus subordinados—: Vosotros, escoltad al teniente hasta el cuartel.

Los soldados rodearon a Kartir y formaron detrás del oficial. La escuadra avanzó por el puerto hasta las puertas de la ciudad. En cuanto las atravesaron, el barullo del puerto fue sustituido por el fragor de la actividad urbana. Las calles rebosaban de vida y la barahúnda aturdió a Kartir. Decenas de tabernas atestaban la avenida que conducía al puerto y marineros y peones de todas las categorías y oficios gastaban su dinero en la infinidad de placeres y vicios que los garitos ofrecían. Kartir vio montones ingentes de basura acumulándose en las calles secundarias, en torno a las puertas de servicio de las tascas.

La escuadra recorrió a paso vivo las calles más próximas al mar y llegó al cuartel, el único edificio de apariencia digna del barrio. Construido con piedra blanca, el edificio de base cuadrada se alzaba dos pisos, y en el balcón del segundo ondeaban dos banderas: la primera mostraba un cerdo arrestado de oro sobre un campo tronchado púrpura y sinople, el blasón de la familia Undor, protectora de la ciudad. La segunda representaba, sobre fondo verde, un hacha de doble filo bajo un sol dorado, el emblema del nuevo imperio humano.

Una vez dentro del cuartel, el sargento intercambió unas palabras con otro oficial, que se encontraba sentado tras una mesa, mientras señalaba a Kartir. Tras un breve asentimiento, el oficial se levantó y ordenó:

—Quitadle todas las prendas de valor que tenga.

Los soldados le desabrocharon el abrigo y empezaron a registrarlo.

Algunas bolsas de piel, rollos de pergamino y unas pocas joyas se depositaron sobre la mesa. Entonces uno de los soldados sacó una esfera dorada de un bolsillo oculto. Los ojos de Kartir brillaron y su respiración se entrecortó. Los músculos de su cara se tensaron.

—No intentéis nada, teniente, estáis rodeado y, al mínimo movimiento, os ensarto la barriga.

Kartir se quedó inmóvil durante unos instantes, pero acabó relajándose y, tras unos pocos bufidos, recuperó la compostura. El soldado dejó la esfera junto a sus otras pertenencias y Kartir guardó silencio, aunque se quedó mirando fijamente el objeto dorado.

Cuando el registro acabó, el oficial abrió una puerta lateral y le impelieron a avanzar. Kartir titubeó unos instantes, pero acabó haciéndolo sumisamente. Pasaron por un largo pasillo sin ventanas y llegaron a un cuarto en penumbra del que partían diversos pasadizos descendentes. Bajaron por uno de ellos hasta un sótano lleno de celdas de barrotes separadas por pasillos estrechos, a lo largo de los cuales caminaban algunos soldados con antorchas en las manos. Le hicieron entrar en una de las celdas más alejadas de la salida. Las antorchas de los guardias eran la única fuente de luz de la sala, y proyectaban sombras oscilantes y confusas sobre las paredes. Cuando los soldados se marcharon, el silencio pareció adueñarse del lugar. Kartir percibió, sin embargo, los pasos amortiguados de los soldados y los gemidos lastimosos de los presos.

El mago se quedó callado, desconsolado, sin entender qué había salido mal. ¿Por qué él? El único culpable había sido Strom, el único que los había obligado a acompañarlo en una cruzada personal sin sentido. Él tuvo que cumplir sus órdenes bajo amenazas, y cuando los acontecimientos se descontrolaron, él fue la voz de la sabiduría, asumió el mando y tomó las decisiones acertadas. Condujo a puerto a los hombres que habían sobrevivido a la tempestad con la intención de volver con ellos a casa después de hacer arrestar a Strom. Sin embargo, en vez de eso, él estaba entre rejas, mientras que el maldito capitán había escapado.

Confiaba en que la verdad saldría a la luz, en que, cuando interrogasen a sus subordinados, éstos responderían que él no había confabulado con Strom. Sin duda, eso es lo que dirían. ¿Acaso no era evidente? Simulaba obedecer a Strom en su presencia, pero a sus espaldas tomaba las decisiones que lo beneficiaban a él y a sus hombres. ¿Se habían percatado de ello los soldados?

Tuvo un escalofrío de terror, y una idea tan alocada como plausible pasó por su cabeza: la fuga. Si utilizaba su magia, no sería difícil acabar con los guardias que vigilaban el sótano. Pero ¿podría hacerlo antes que dieran la alarma? Y una vez fuera, ¿podría regresar a casa?

Las espadas de los soldados que lo habían apresado lo habían paralizado, pues sabía que, si su hechizo no era lo bastante veloz, hasta el más inexperto de los reclutas habría tenido tiempo de atravesarlo con facilidad.

No obstante, si ahora conseguía llegar a la esfera y extraer su poder, no importaba cuántos soldados pudiesen venir, pues nadie podría

pararlo. La muerte de Gordon no la había causado la esfera. Había sido su negligencia la que le impidió ver la cantidad limitada de energía que podía almacenar su cuerpo y, como una cesta con demasiado peso, su masa corporal se rasgó y dejó escapar la esencia de la magia.

A Kartir eso no le pasaría, sus años de entrenamiento y sus experiencias de batalla le habían enseñado sus límites, y su inteligencia le había permitido superarlos uno a uno.

Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que no se percató de las dos figuras que se aproximaron a su jaula hasta que el chirrido de la llave girando lo sobresaltó. Al lado del guardia que abría la puerta, una figura alta y encapuchada esperaba en silencio.

–Kartir Kaessel, tienes visita.

La figura entró con un movimiento oscilante, poco familiar. La capa negra y larga envolvía por completo su cuerpo reptante. Unas amplias pupilas reflejaron la luz rojiza de las antorchas unos segundos, pues después volvieron a ocultarse en las sombras.

Kartir lo observó con extrañeza creciente, lleno de cautela.

El soldado volvió a cerrar la puerta y se dirigió hacia los guardias que guardaban la puerta. La celda quedó en penumbra.

No sabía a qué había venido aquel ser, pero dudaba que fuese en su beneficio. Inquieto, sondeó la semioscuridad en busca de una señal sobre las intenciones del visitante. Tras un breve silencio, el encapuchado pareció moverse hacia él, y Kartir se apartó, esperando un ataque. El ser se despojó lentamente de la capucha que cubría su cabeza, y la visión paralizó a Kartir.

Sobre una cabeza alargada, sin pelo, reposaban unos ojos grandes. No había nariz, apenas unos orificios verticales ubicados en una prominencia sobre la boca. Donde acababa el cartílago que separaba los dos agujeros, una boca angulosa descendía hacia los costados del rostro. El ser carecía de orejas, sustituidas por dos hendiduras en la piel escamosa.

El *slicer* también examinó la cara acongojada de Kartir:

–Rey te reclama. Cogere moss barco ahora mismo a Vildor. –Sin esperar respuesta, se giró y abrió la puerta–. No demora.

Kartir dudó, ¿era ésa la clase de ayuda que esperaba? ¿Qué querría el monarca de él? No estaba seguro de poder confiar en ese desconocido, ni si realmente estaría mejor con él que en prisión.

–Rápido, recoge equipaje y marchamoss.

La esfera apareció de inmediato en la mente del mago y sus dudas se disiparon. Si podía recuperar la esfera, las tornas cambiarían. Con paso más decidido, salió de la celda detrás del ser que siseaba hacia la salida. Pasaron junto a los guardias, que los acompañaron a la salida, sin osar cruzar la mirada con el *slicer*.

En la puerta de entrada del cuartel, el oficial de antes, con cara pálida, abrió un cofre donde se encontraban las pertenencias del mago. Al ver la esfera, Kartir la cogió y la acarició con los dedos, procurando que el *slicer* no se diera cuenta. Después se apresuró a recoger el resto de sus posesiones. Los soldados presentes se limitaron a observar distraídos a Kartir mientras lanzaban miradas furtivas hacia su acompañante. Todos temían al *slicer*, pues sabían que en su presencia la muerte estaba próxima. Kartir era el único de los presentes que parecía no tenerle miedo.

El mago y el *slicer* avanzaron por calles secundarias del barrio marineru hasta llegar al puerto. Se aproximaron a una galera con la tripulación dispuesta para zarpar, que esperaba en el más absoluto silencio. Mientras subía por la pasarela, le pareció distinguir una sombra en el agua.